

CAPÍTULO I

MARCO FABIO QUINTILIANO

1. Comienzos y apogeo	17
2. Restaurador de las letras	20
3. Acerca del “Diálogo de los oradores”	23
4. Las “Instituciones oratorias” como programa educativo	24

CAPÍTULO I

MARCO FABIO QUINTILIANO

1. Comienzos y apogeo

Marco Fabio Quintiliano nació por el primer tercio de nuestra era, el año 42 ó 45, y murió en el 95, fechas éstas probables. Algunos dicen que nació en Roma, pero San Jerónimo afirma que Quintiliano era de Calahorra, en Logroño, Castilla la Vieja, según la traducción de *ex Hispania Calagurritanus*, y lo mismo se lee en el *Códice* de Eusebio Cesariense, el cual por no haberse conservado íntegro, ha originado dudas respecto del lugar de nacimiento.

Su padre, abogado y retórico, con bienes suficientes para dar a su hijo una sólida educación, lo envió a Roma con el propósito de que estudiara leyes, y concluidos los estudios de derecho el joven volvió a su patria, donde ejerció como abogado y cultivó la retórica, aprendida de sus maestros, el gramático Rommio Palemón y el retórico Domicio Afro.

Cuando Galba entró en Roma en el año 68, para ocupar el trono de los Césares, iba con él Quintiliano, poseedor ya de cierto prestigio adquirido por sus conocimientos, prudencia y simpatía, y de la estimación de Galba, quien lo hizo abogado del Alto Tribunal de la Tarraconense a los diecinueve años de edad. Llevado por sus ambiciones juveniles defendió a Berenice, la princesa judía a cuya unión con Tito se oponía el pueblo romano. Luego, decidido a permanecer en Roma, ejerce la abogacía y enseña retórica durante veinte años, ganando riquezas, fama y honores.

Quintiliano luce entre muchos españoles, como Marcial, Lucano, los dos Sénecas, Floro, Pomponio, Columela, Silió, Trajano y Adriano, quienes dieron lustre al Imperio; y si Juvenal vio en Quintiliano al modelo de abogado y retórico, Marcial le llama supremo moderador de la fogosa juventud y gloria de la toga romana.

Tuvo ilustres discípulos, como Tácito, presumiblemente, el futuro emperador Adriano y Plinio el Joven, quien, agradecido por las enseñanzas recibidas, dotó a la única hija de Quintiliano nacida de su segunda mujer, como dice Plinio en la carta dirigida al retórico español, hermosa prueba de agradecimiento del discípulo que siempre lo recuerda. “Aunque eres modestísimo —le dice Plinio— y de la misma manera hayas educado a tu hija, que así convenía siendo tuya y nieta de Tutilio, hoy, que casa con Manio Celer, varón distinguido y a quien sus cargos imponen cierta necesidad de vivir con esplendor, conviene

que acomode su acompañamiento y vestido al rango de su esposo. Estas exterioridades no aumentan nuestra dignidad, pero la realzan. Bien sé que eres muy rico de bienes, de espíritu y fortuna, aunque mucho menos de lo que debieras serlo. Tomo, por consiguiente, sobre mí parte de las obligaciones, y, como segundo padre, doy a nuestra querida hija cuarenta mil sestercios. No me limitaría a esto si no estuviese persuadido de que solamente admitirás el regalo porque es pequeño. Adiós”¹.

El advenimiento de los retóricos griegos inicia una época de florecimiento para la educación romana. Entonces Vespasiano establece la cátedra de retórica, y para ocuparla nombra a Quintiliano, asignándole una pensión de cien mil sestercios, suma enorme para aquella época. Con ello el español viene a ser el primer maestro de retórica pagado por el erario, y el último codificador de los principios de ese arte. Domiciano confirma el cargo, le nombra preceptor de sus sobrinos y le hace entrega del título de cónsul con la púrpura y las insignias. Quintiliano quiere corresponder mejor a la estima, confianza y condecoraciones otorgadas por el emperador, y abandona sus tareas de abogado para dedicarse exclusivamente a la enseñanza durante veinte años. Cuando mueren su primera mujer y sus dos hijos, pesaroso y cansado, pide al emperador que le conceda el retiro, y cumpliendo el deseo de sus amigos y admiradores, en

¹ *Panegírico y cartas*, Libro V, Carta XXXII.

soledad y silencio, escribe una obra dedicada a la juventud².

2. Restaurador de las letras

A pesar de aquel comienzo propicio a la educación, era una época difícil para la retórica y demás géneros de la prosa, porque apenas se recordaban las letras bajo Augusto, que dieron este nombre a su siglo, y menos recordaban los romanos la palabra viril de la República cuando Roma crecía por las armas de los Escipiones, la doctrina de los juriscultos y el verbo de Cicerón. Los declamadores, con una retórica endeble y lisonjera, expresaban de manera cabal la decadencia, de la cual también era responsable Séneca el retórico, porque con su saber y prestigio conducía a la juventud por caminos de ampulosidad y mal gusto. Pero Quintiliano, restaurador de las letras, reacciona con talento y coraje contra el gusto corrompido de la época. Él desea una retórica digna del pasado, y sin presentarse como un hombre que trae grandes novedades recoge en las *Instituciones* lo mejor de la tradición griega y romana, probando que decir o escribir de otra manera sobre cosas ya conocidas es como presentar cosas nuevas. Además sazona su obra con experiencias y

² Las *Instituciones oratorias* fueron celebradas por la gente culta, y pronto se divulgaron dentro y fuera del Imperio aumentando la fama de Quintiliano. No las conoció la Edad Media, pero descubiertas en el siglo xv ejercieron gran influencia durante el siglo xvi. Francesco

observaciones propias. “Pero si él tiene pocas ideas generales que le son propias —escribe Cucheval—, abunda en detalles felices y picantes. Su experiencia de profesor le sugiere mil observaciones sagaces, útiles anécdotas, reflexiones que dan variación a la monotonía de los preceptos. Se ve al hombre de oficio que conoce a los jóvenes, los ama y sabe manejar esas naturalezas delicadas y caprichosas. Si no tiene derecho a la admiración exagerada que se le profesaba en la época del Renacimiento, no por ello ocupa menos uno de los primeros lugares entre los escritores latinos que han llegado hasta nosotros. El primer libro de las *Instituciones oratorias*, el más original de la obra entera, es de una lectura atrayente y bastaría para asegurarle la inmortalidad”³.

Si bien las *Instituciones* se dirigen a la formación del ciudadano según el ideal romano de los predecesores, basada en una educación general cuyo centro es el arte de la palabra y cuyo fin es la utilidad, sin embargo Quintiliano no pierde de vista su ideal de hombre culto de acuerdo con las exigencias del humanismo. “El sabio que yo educo —dice— es un joven romano que se aparta de las privadas disputas, apren-

Poggio Bracciolini, amigo de Petrarca, y como él, incansable buscador de antigüedades y manuscritos raros, halló el manuscrito de las *Instituciones* en la torre del convento de San Galo, cuando asistía al concilio de Constanza en 1417, y sacó una copia de su puño y letra.

³ Cucheval, Victor, *Histoire de l'éloquence romaine*, Paris, Hachette, 1893, t. 2, p. 187.

de con las experiencias y cosas de la vida, y se porta como un hombre civilizado”⁴.

El inspirador de semejante programa es Cicerón, quien reacciona contra la vulgaridad literaria y restaura la verdadera elocuencia. Por ello Quintiliano le coloca en el primer lugar entre los retóricos latinos, como representante de una época, una cultura y un estilo, valoración compartida por los adversarios del orador. “Cicerón —escribe Mommsen— es, en efecto, el verdadero creador de la moderna prosa latina: a él, artista, hábil del estilo, se liga estrechamente la escuela clásica, y al estilista, más que al escritor y mucho más que al hombre de Estado, se dirige aquel elogio, excesivo sin duda, pero que no es una vana frase, que le consagran los mejores representantes de la nueva forma: César y Cátulo”⁵. Sobre todo representa la *humanitas*, sinónimo de *paideia* o cultura superior en el sentido clásico, necesaria al orador y al político; de modo que su influencia sobre Quintiliano no es sólo literaria, ya que el gran orador le inspira un ideal de cultura.

Aunque la primera formación de Quintiliano fue adquirida en las escuelas de declamación romanas, y no pudo liberarse totalmente de ella en su formación posterior, el retórico supo enervarla por medio de una disciplina rigurosa que trascendió a los discípulos, porque Quintiliano fue un espíritu juicioso y severo,

⁴ *Instituciones*, XII, cap. II, 1.

⁵ Mommsen, T., *Historia de Roma*, Madrid, Góngora, 1876, t. 8, p. 377.

trabajador incansable, como Cicerón. Éste siempre le acompaña y ambos prueban que si el poeta nace, el orador se hace.

3. Acerca del “Diálogo de los oradores”

Respecto de otras obras del preceptista, no sabemos con certeza si las *Declamaciones*, diecinueve discursos completos y ciento cuarenta y cinco fragmentos, son suyos, pues la crítica los da como de otros autores. También se discute la paternidad del *Diálogo de las causas de la corrupción de la elocuencia* o *Diálogo de los oradores*, atribuido a Tácito. En esta cuestión, Luis Vives y Dodwell, biógrafo de Quintiliano, entre otros, son partidarios de Tácito. Menéndez y Pelayo lo considera obra de Quintiliano por las siguientes razones: 1ª) Hay semejanza de estilo entre el *Diálogo* y las *Instituciones*. 2ª) Hay identidad de doctrina literaria entre ambas obras. 3ª) Es decisiva la cita del preceptista de Calahorra relativa a una obra que había compuesto con el título de *Causas de la corrupción de la elocuencia*, contenida en el Proemio del Libro VI de las *Instituciones*, cuando, refiriéndose a la muerte de su hijo, dice: “¿Qué haré en tal situación? O ¿de qué puedo yo servir en este mundo, teniendo contrarios a los dioses? Y más cuando la fortuna quiso probarme con un golpe de esta naturaleza, cuando emprendí el libro de las Cau-

sas de la corrupción de la elocuencia, que di a luz"⁶. Pero la cita sólo probaría que Quintiliano escribió un Diálogo, que no ha llegado hasta nosotros.

Hoy se admite que el *Diálogo* conocido es de Tácito. Un monje, Enoch de Ascoli, comisionado por el pontífice Nicolás V para buscar manuscritos de obras antiguas, descubrió a mediados del siglo xv, en el monasterio de Hersfeld, un manuscrito que contenía la *Germania*, *Agrícola* y el *Diálogo*. Si bien sólo queda un fragmento de este manuscrito, las copias que se hicieron de él confirman que la obra es de Tácito.

La diferencia de estilo reside en las diversas épocas en que el *Diálogo* fue escrito. Tácito lo escribió durante su juventud, y las obras que escribió después, y le dieron justo renombre, nacen de sus estudios y la evolución del estilo, que hacen el tránsito del orador al historiador⁷.

4. Las "Instituciones oratorias" como programa educativo

De todos modos el mérito de Quintiliano se vincula con las *Instituciones*, uno de los más preciosos monumentos legados por la antigüedad romana, obra de un retórico y sabio pedagogo. Por ello causa

⁶ Véase Menéndez y Pelayo, M., *Ideas estéticas en España*, Madrid, 1909, t. I, p. 420.

⁷ Tácito, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1946, p. 21.

extrañeza que para algunos Quintiliano no tiene relevancia en la historia de la educación. En general el preceptista es más citado que leído, y si a las opiniones sin fundamentos serios se agrega la indiferencia, nos hacemos cargo del grave daño inferido a la cultura, a la juventud, que ignora una fuente de conocimientos acerca de la palabra clásica, que es, según la definición tan acertada de Girard, el acuerdo entre un pensamiento justo y bello con su expresión justa y bella⁸.

Quienes califican la retórica de arte verboso y perjudicial no leyeron a Quintiliano, y por ello se les escapa la necesaria distinción entre la buena y la mala retórica, distinción básica para comprender un arte formador de grandes figuras de la literatura.

El denodado esfuerzo de Quintiliano aminoró el influjo de Séneca, quien, sin embargo, continuó siendo preferido por la juventud romana, pues si bien las *Instituciones* ganaban predicamento, aquella juventud sufría los males de una sociedad corrompida muy adversa al triunfo rápido y decisivo de Quintiliano. Pero el Renacimiento es la época de su apogeo, en la cual los mejores pedagogos difundieron las enseñanzas del retórico hispanorromano, y hoy los educadores con sólida formación clásica encomian las *Instituciones* como una obra digna de ser incluida en un programa educativo que no tiene nada de verbalismo.

⁸ Girard, J., *La elocuencia ática*, Madrid, La España Moderna, s/ fecha, p. 48.

Este breve estudio se une a tal encomio, y sin la torpe pretensión de haber descubierto a Quintiliano, divulga sus principios básicos con el fin de que sirvan, además de su validez pedagógica, a la mejor comunicación por la palabra⁹.

⁹ Hay traducción española directa del latín hecha por los padres de las escuelas pías, Ignacio Rodríguez y Pedro Sandier, Madrid, 1799, y Biblioteca Clásica, Madrid, 1916.